

**SUEÑOS Y PESADILLAS
LIBERALES
EN EL SIGLO XXI**

EDMUND FAWCETT

SUEÑOS Y PESADILLAS
LIBERALES
EN EL SIGLO XXI

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Liberalism: The Life of an Idea*
(«Introduction: The Practice of Liberalism» y «Part Four:
Liberal Dreams and Nightmares in the Twenty-First Century»)

© Edmund Fawcett, 2018,
publicado mediante acuerdo especial
con Princeton University Press
© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta basada en el grafiti de Nok Crew
que es a su vez una reinterpretación
de *Oh America*, de Gee Vaucher
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: mayo de 2019

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-948167-9-6
Depósito legal: C-681-2019

Para Marlowe,
y en memoria de Elías

ÍNDICE

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN	11
PREFACIO	13
Agradecimientos	21
INTRODUCCIÓN. LA PRÁCTICA DEL LIBERALISMO	23
PRIMERA PARTE. DOS DÉCADAS QUE HAN SACUDIDO LA DEMOCRACIA LIBERAL	91
1. El auge de la derecha dura	93
2. Malestares económicos	117
3. Soledad geopolítica	141
4. Nacionalidad, ciudadanía e identidad	163
5. Dudas y desafección intelectual	201

SEGUNDA PARTE. LA PRIMACÍA DE LA POLÍTICA 233

Bibliografía 259

Índice onomástico 275

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Este volumen es una versión abreviada de *Liberalism: The Life of an Idea*, publicado originalmente en el 2014 y reeditado cuatro años más tarde con la adición de una parte final, escrita tras las turbulencias políticas de 2016-2017, que versa sobre las dificultades presentes del liberalismo. El texto que aquí presentamos al lector está compuesto por el extenso prólogo al conjunto de la obra —en el que Edmund Fawcett expone su concepción del liberalismo y aborda de manera resumida sus diversas fases históricas— y por la mencionada parte final, que es la que da título a esta edición.

PREFACIO

Para apuntalar un edificio en el que asoman las grietas, hay que entender sus cimientos. Es necesario comprender en qué descansa, por qué fue levantado y para qué sirve. Lo mismo sucede con el liberalismo democrático o, por usar una expresión más familiar, la democracia liberal. Nadie que haya presenciado las recientes conmociones políticas y visto los éxitos antiliberales en Europa y los Estados Unidos puede dudar de que la democracia liberal se halla cuestionada interna y externamente. En las últimas décadas, a medida que han aumentado las diferencias de riqueza y de poder, ha crecido también el cuestionamiento de los objetivos e ideales del liberalismo por parte de una ciudadanía descontenta. Una gran estructura histórica de prosperidad y protección, que últimamente parecía ser la envidia del mundo, ha comenzado a mostrar debilidades y defectos. El orgullo de sus inquilinos ha dado paso a la inseguridad, y todos los bandos han empezado a preguntarse si esos fallos de la estructura son reparables o si por el contrario el edificio está condenado a la ruina. A lo largo del planeta, el

prestigio geopolítico del liberalismo se ha visto ensombrecido por poderes emergentes que ofrecen atractivos caminos no liberales hacia el progreso material y la estabilidad. Es más, el propio mundo democrático liberal parece estar dividiéndose, puesto que los Estados Unidos y el Reino Unido han tomado caminos iliberales en lo político y unilateralistas en lo internacional, y han dejado a unas conmocionadas Francia y Alemania como abanderadas europeas del orden liberal.

Esta obra, escrita tras las turbulencias de 2016-2017, aborda las presentes debilidades de la democracia liberal, así como las dudas que el liberalismo alberga sobre su futuro. El objetivo es mostrar en qué consiste dicho liberalismo, para que así podamos ver mejor qué es lo que debería preocuparnos. Tal como la introducción aclara, el mencionado liberalismo, aunque complejo y diverso, es fácil de reconocer y distinguir de sus rivales, especialmente en tiempos como los presentes, cuando parece hallarse en peligro y necesita ser defendido. Se trata de una duradera práctica de la política, una práctica guiada por objetivos e ideales distintivos. Comenzó a principios del siglo XIX, no antes, como se afirma a menudo, y lo hizo debido al surgimiento de dificultades previamente inimaginables. En medio del incesante cambio propio de la modernidad capitalista, los primeros liberales buscaron nuevas formas duraderas de asegurar la estabilidad ética y política. Y esa búsqueda liberal estuvo —y sigue estando— guiada por cuatro

ideas generales: *a)* la aceptación de que el conflicto moral y material no puede ser eliminado de la sociedad, sino tan solo contenido y, quizás, encarrilado de manera fructífera; *b)* la hostilidad hacia el poder no sometido a control, ya se trate del poder político, el económico o el social; *c)* la fe en que los males sociales pueden ser curados y en que la vida humana puede mejorarse; *d)* el respeto, respaldado por la ley, que tanto el Estado como la sociedad deben mostrar hacia la vida y los proyectos de las personas, independientemente de lo que estas crean y de quiénes sean.

La «Introducción» que sigue a este prefacio profundiza en cada una de esas ideas —que podemos resumir como *conflicto, poder, progreso y respeto*—. Dichas ideas distinguen claramente al liberalismo de sus principales rivales en el siglo XIX, el conservadurismo y el socialismo, así como del fascismo y el comunismo en el siglo XX y de sus diversos competidores del siglo XXI: el autoritarismo, el populismo de derechas e izquierdas, las teocracias y el capitalismo estatal de partido único. Gran parte del interminable conflicto entre los propios liberales, un conflicto que recorre el presente libro, atañe a cómo entender los ideales del liberalismo y cómo realizar sus objetivos. Dado que las ideas directrices que hemos mencionado dan lugar a grandes expectativas, causan también enormes cambios en el estado de ánimo, que oscila entre el triunfalismo y la desesperación.

A pesar de su gran variedad de partidos, campos, intereses, filosofías y personajes principales, el liberalismo ha mostrado durante dos siglos un alto grado de unidad y continuidad. En tiempos estables, tal diversidad liberal ha resultado tan desconcertante que se ha tendido a pensar que era imposible que se tratase de una misma práctica política. Ciertamente es que se dice que el término *liberalismo* hace referencia a distintas prácticas. Y cierto es que hay muchos liberalismos, así como es cierto que no hay un concepto asentado de *liberalismo* o *liberal*. Pero tales afirmaciones, si bien impresionan cuando se escuchan por primera vez, tienden a la exageración, y resulta difícil no sospechar que quienes las hacen reconocen bien el liberalismo pero se sienten perplejos ante la riqueza de las diversas formas de pensar y hablar sobre él. En cualquier caso, el miedo a la pérdida agudiza la mente. Y así, en tiempos de inestabilidad como los actuales, los rompecabezas teóricos preocupan menos que la apremiante cuestión de la supervivencia del liberalismo.

Dado que la presente obra aspira a ofrecer una imagen completa de esta práctica política, no comienza con la libertad, que es lo habitual en los libros al respecto. Aquí no remontaremos el curso de la corriente para buscar ideas liberales en un remoto pasado preliberal, ni haremos que el pensamiento liberal quede recluido dentro de la economía o la filosofía moral. El libro distingue entre liberalismo y democracia, y describe el

compromiso arduo, y siempre sujeto a negociación, que dio lugar a la democracia liberal. No aborda el liberalismo de forma provinciana, como un monopolio británico y estadounidense, sino que confiere su debido peso a las tradiciones liberales de Francia y Alemania, y contempla los cuatro países como un núcleo representativo pero no exclusivo. Hay quienes desperdician muchas energías en polémicos intentos de demostrar que los objetivos e ideales del liberalismo son estrictamente occidentales, laicos e ilustrados, burgueses e individualistas, procapitalistas o —por recurrir a un insulto de moda— cosmopolitas. Pero esas injurias o etiquetas carecen de consistencia. Ninguna secta o partido es titular de los objetivos e ideales del liberalismo, pues estos se hallan al servicio de cualquier nación, género o clase. Si eso implica que los liberales deben ser etiquetados como universalistas, que así sea. Podrán portar su letra escarlata con orgullo.

La obra está dirigida al lector general interesado en la materia, por lo que se han evitado las habituales notas a pie de página o al final del libro. La velocidad y la generosidad de la web han facilitado la tarea de verificar hechos y hacer un seguimiento de las citas. Se incluye al final una lista de los textos consultados.

Durante los últimos 200 años, los liberales han estado buscando puntos aceptables de equilibrio en medio del cambio desconcertante. Ninguno de ellos ha resultado duradero. Con el tiempo, siempre ha sido necesario

encontrar un nuevo punto de estabilidad, tal como ocurre ahora. El conflicto nunca ha sido resuelto, sino solo mitigado. La búsqueda continúa, y los liberales deberán culparse a sí mismos si la abandonan. No están buscando a ciegas, puesto que cuentan con argumentos, tradiciones y experiencia. Tienen una historia. Y esa historia resulta vital para entender qué es el liberalismo, por qué es importante y qué es lo que, en medio de las conmociones del presente, corremos el riesgo de perder. He escrito este libro para evocar esa historia.

EDMUND FAWCETT
enero de 2018

AGRADECIMIENTOS

Para escribir este libro sobre el liberalismo he saqueado a fondo las obras de muchos escritores y académicos. Estoy en deuda con todos ellos y les muestro aquí mi agradecimiento. Asimismo, quiero expresar mi sincera gratitud a Oliver Black, Donald Franklin, Charles Hope, Howard Naish, Chaim Tannenbaum, Tony Thomas y David Wiggins, quienes leyeron en parte o al completo la primera versión del libro, detectaron errores e hicieron valiosas sugerencias; a Catherine Clarke, mi agente editorial, quien me animó a «contar una historia»; a Al Bertrand, de Princeton University Press, quien vio el sentido del libro y me instó a escribir sobre las dificultades presentes del liberalismo; a mi editora, Sarah Caro, y a sus colegas de la mencionada Princeton University Press, quienes siempre fueron de gran ayuda; a Marlowe Fawcett, quien compartió conmigo sus habilidades cinematográficas, y a Natalia Jiménez, mi esposa, quien me brindó un apoyo incansable y, cuando leyó los borradores, nunca tuvo reparos en decirme «No lo capto» y «¿Adónde quieres llegar exactamente?».

**INTRODUCCIÓN:
LA PRÁCTICA DEL LIBERALISMO**

Si uno cree que el liberalismo se halla en peligro y que vale la pena defenderlo, entonces resulta importante contemplarlo como lo que realmente es. Y, para ello, es necesario entender de qué tipo de cosa estamos hablando. Pues bien, si uno pregunta qué tipo de cosa es el liberalismo, probablemente se le responda que es una ideología política, un credo ético, una imagen económica de la sociedad, una filosofía de la política, una justificación del capitalismo, una perspectiva occidental de carácter provinciano, una fase histórica pasajera o un atemporal conjunto de ideales universales. Ninguna de esas respuestas es estrictamente incorrecta, pero todas son parciales, pues hacen que un aspecto del liberalismo se convierta en su conjunto. Dicho de otro modo, ninguna coloca al liberalismo en su propia categoría. Y es que, visto en su conjunto, el liberalismo debe interpretarse como una práctica de la política.

El liberalismo carece de un mito fundacional, de una fecha de nacimiento. Si buscamos sus fuentes intelectuales y morales, podemos remontarnos tan lejos

como nos lleven la energía o la curiosidad. Sin embargo, como práctica política solo surgió de forma significativa en el mundo euroatlántico de los años posteriores a 1815. Respondía a las nuevas condiciones de la sociedad, la cual había crecido repentinamente debido a la expansión demográfica y se había visto vigorizada por el capitalismo y sacudida por la revolución política. Para bien o para mal, el cambio material y ético parecía ahora incesante, y, en ese ambiente desconocido, los primeros liberales buscaron nuevos arreglos para una conducción de la vida política que sirviera a sus objetivos e hiciese honor a sus ideales.

Las gentes que habían vivido antes que ellos no habían imaginado ese mundo siempre cambiante. Es cierto que los pensadores de la Ilustración del siglo XVIII habían alentado la idea de que las personas podían comprender y cambiar la sociedad; así, Hume y Kant habían dado la bienvenida a la libertad frente a la tutela ética, y Adam Smith había avistado los primeros frutos del capitalismo moderno. Pero ninguno de ellos había percibido la verdadera fuerza de tales cosas. Ninguno había entendido, no digamos ya experimentado, un nuevo estado de cosas en el que la sociedad cambiaba a las personas, a menudo a una velocidad sin precedentes y de una forma que nadie lograba comprender. Y esta novedad incesante, bienvenida en cierto sentido, desconcertante en otro, justifica que ubiquemos el origen de la epopeya liberal a principios del siglo XIX. Buscar el li-

beralismo político antes de esa fecha es como buscar el carburador del siglo xvii o el microchip del siglo xviii.

Ni las dinastías, ni las presidencias ni las revoluciones marcan la vida del liberalismo. En aras de la claridad expositiva, podemos hablar a grandes rasgos de cuatro periodos históricos. El primero (1830–1880) representa una época de juventud y autodefinición, de ascenso al poder y grandes logros. En el segundo (1880–1945), el liberalismo maduró y alcanzó un histórico compromiso con la democracia. Este compromiso, por muy arduo e inestable que fuese, hizo que el liberalismo emergiese de forma más inclusiva como liberalismo democrático o, por utilizar una expresión más conocida, como democracia liberal. Después de fracasos que a punto estuvieron de resultar fatídicos —los excesos imperiales, la rivalidad global y las guerras mundiales, así como el colapso político y la crisis económica—, la democracia liberal se ganó en 1945 una segunda oportunidad gracias a la derrota militar y la ruina moral del fascismo, su rival de derechas en el siglo xx. Este tercer periodo de éxito reparador y reivindicación intelectual (1945–1989) terminó en un triunfo aparente debido a la rendición del comunismo soviético, el rival de izquierdas de la democracia liberal en el siglo xx. Por último, un cuarto periodo (que abarca de 1989 al presente) ha supuesto el retorno de las dudas en medio de desconcertantes conmociones y de la inquietud ante la posibilidad de que muchas de las reconocidas afecciones de la demo-

cracia liberal no puedan ya ser tratadas por separado, puesto que amenazan con juntarse y resultar funestas.

LAS FUENTES DEL LIBERALISMO

Las cuatro ideas generales que han guiado a los liberales a lo largo de su historia tienen raíces de diversos tipos. La primera idea, el reconocimiento de la inevitabilidad del conflicto, se basaba en el recuerdo de las recientes guerras de religión y en la comprensión de que los cambios económicos y la fragmentación intelectual estaban empujando a sociedades estables hacia las turbulencias.

La segunda idea liberal, la desconfianza frente al poder —ya fuese el del Estado, la riqueza o la colectividad social—, se basó en la antigua sabiduría humana según la cual dicho poder se volvía implacable si no era sometido a control, así como en la perspectiva moderna según la cual la autoridad indivisa no estaba capacitada para llevar las riendas de sociedades complejas.

La fe en el progreso humano, la tercera idea liberal, surgió de un impulso por mejorar, ordenar y reparar las cosas de este mundo, pero también —de manera más inmediata y más elocuente— como fruto del primer gran despertar religioso y de la Ilustración de los siglos XVII y XVIII. Ambos movimientos representaban distintas versiones de la esperanza terrenal, y a menudo confluían en una misma personalidad liberal. Así, al igual que

Kant, los primeros estadistas liberales, como Guizot o Gladstone, consideraban que la fe y la razón no eran mutuamente excluyentes.

Por último, tenemos el respeto cívico; es decir, un respeto respaldado por la ley, que el Estado y la sociedad debían mostrar hacia las personas y sus proyectos, con independencia de lo que estas pensasen y de quiénes fueran. Dicho respeto hundía sus raíces en el reconocimiento religioso del valor intrínseco de los seres humanos, así como en la insistencia en que estos eran moralmente responsables de sí mismos. Y tenía también raíces en la ley, sobre todo en las leyes relativas a la propiedad y la herencia. Pero las reivindicaciones políticas de respeto liberal tenían un alcance más amplio y un contenido más específico. Los liberales exigieron que el poder no se entrometiese en la privacidad de las personas y que no las obstruyese en la persecución de sus objetivos; y exigieron asimismo que, ni de forma deliberada ni por negligencia, se excluyese a nadie de esas dos primeras promesas, es decir, del derecho a la privacidad y del derecho a perseguir los objetivos propios. Para fortalecer y extender el respeto cívico, los liberales se basaron en el reciente surgimiento de la tolerancia a la heterodoxia, así como en la idea aún más nueva, promovida por la economía política, de que la ley y la tradición no debían interponerse en el camino de las innovaciones fructíferas y de las empresas productivas de las personas.